
Independencia cultural en la REVOLUCIÓN MEXICANA

Leticia Santín del Río

En la historia de México han existido discusiones en torno a la búsqueda de una identidad nacional e individual. Identidad como una expresión del ser nacional para afirmar lo propio, el carácter nacional de México y de los mexicanos.

Podemos situar, a fines del siglo XIX, algunos de los orígenes de estas discusiones con la introducción de las ideas de la Ilustración en México, las cuales posibilitaron cambiar la visión que del mundo tenía la sociedad colonial. Se introdujeron conceptos fundamentales con los que se dio un impulso para promover la emancipación de la Nueva España; uno, la idea del progreso, que permitió considerar la posibilidad de lograr el mejoramiento de las sociedades y, otro, la idea de que la existencia podía iluminarse por la razón; así, la fe en la razón hacía factible pensarse a sí mismos como una sociedad y un territorio independiente y crear los propios destinos a partir de las propias circunstancias. Con la asimilación de las ideas del racionalismo ilustrado se posibilitó declarar una independencia intelectual que preparó el terreno para emprender un movimiento de emancipación política, social y cultural de la sociedad colonial mexicana.

Francisco Javier Clavijero (1731-1787), uno de los miembros de la Compañía de Jesús más influyentes del periodo, inicia un examen de conciencia al valorar la historia de México dignificando las capacidades de los mexicanos. Critica a la cultura occidental por ser el centro y América su reflejo; hace un inventario de las riquezas del país redescubriendo sus potenciales así como la valoración de la cultura antigua de México; da los elementos de apropiación indispensables: el pasado y sus recursos, lo que permite asumir una cultura mexicana. Esta valoración es el origen de una dignificación

de lo propio, de la capacidad de cada individuo y de la sociedad para crear el propio destino frente a la servidumbre colonial. Con esta concepción la búsqueda de una identidad se inicia al reconocer lo nuestro, el potencial humano y material, para aprovecharlo en beneficio propio.

El cambio de mentalidad fue propicio para que una minoría ilustrada creara una nueva concepción de México y de los mexicanos. En ella se despertó un interés por la búsqueda de una independencia y una identidad distinta a la de otras sociedades. Esta lucha por la emancipación, principalmente política, condujo en el siglo XIX a los movimientos de Independencia y de Reforma, los cuales reivindicaron la idea de dignificar lo propio así como la afirmación de búsqueda de una identidad. Frente a este espíritu de emancipación las minorías ilustradas no dejaron de interesarse y apreciar la cultura europea. Sin embargo, el deseo de conformar una identidad al construir y afirmar lo propio y responsabilizarse de hacer su propia historia estuvo permeado de un espíritu de imitación de lo europeo. La búsqueda de una identidad se dio tanto en la afirmación de lo propio como en una imitación, y la emancipación cultural no fue tan apremiante como el logro y conformación de una emancipación política.

Con el triunfo del Partido Liberal al ser restaurada la República, en 1867, el país entró a una etapa distinta. Para consolidar la emancipación política así como conformar un Estado-nación fue indispensable constituir una unidad nacional para propiciar un equilibrio político, social, económico y cultural. El pensamiento liberal ganaba terreno en la medida en que se consolidaba la República y con ello se fortalecía la idea de apropiación de nación. La racionalidad ilustra-

da que se fundó en la idea del progreso y en la fuerza de la razón, dio lugar a la introducción de la filosofía positivista, la cual fue adaptada a la realidad mexicana para consolidar la obra emancipadora del liberalismo. El positivismo reivindicó a la razón como elemento potenciador del cambio, al darle importancia a la actividad intelectual y motivar a los individuos a pensar ordenadamente; se contaba con el instrumental necesario para encaminar racionalmente las acciones, las aspiraciones de un querer ser nacional. Los problemas de México debían resolverse mediante esta filosofía que, aplicada al sistema educativo, así como instrumento de la política, diera cuerpo y organizara a la sociedad. Gabino Barreda introduce el positivismo en el sistema educativo adecuando la divisa comtiana: "libertad, orden y progreso" —sustituye amor por libertad, entendiendo a ésta como parte de un proceso evolutivo de la sociedad que marcha con orden y progreso a lograr el bienestar de la comunidad. Si en el país se intentaba consolidar una identidad nacional así como reconstruir sobre bases sólidas, era necesario acabar con la anarquía. Para Barreda la introducción del positivismo significó entrar a una etapa reestructuradora que le daría una nueva fisonomía al país. La actitud positivista de "hallar la verdad", como lo mencionaba Barreda, se traduciría en hechos útiles y constructivos para la sociedad. Ya no existiría más el riesgo de caer en revueltas violentas pues el método científico del positivismo sustituiría, en la conciencia de los hombres, la idea de revolución por la de evolución. A pesar de los beneficios de esta corriente filosófica, su adecuación tuvo un costo cultural, social y político en México. Alfonso Reyes, al reflexionar sobre este periodo, escribió en su texto "Pasado inmediato": "El loable empeño de salvar a la juventud de toda contaminación con las turbulencias que precedieron a la paz porfiriana y el propósito decidido —una vez lograda la higienización positiva— [...] tuvieron un singular efecto: crearon una atmósfera de invernadero y hasta una rareza de campana neumática. Habíamos superado las revoluciones y habíamos superado la era metafísica."¹

Para Barreda los principios del positivismo fueron adaptados en el Porfiriato ya que perdían sus valores filosóficos para convertirse en una ideología conservadora con la que se defendían los intereses materiales de un grupo dominante. El conocimiento científico como potencial redignificador de las capacidades del hombre cobró sentido como pragmatismo político para beneficio de una minoría al suponer la superioridad de los hombres que sustentaban el conocimiento, por lo que sólo a este grupo le eran reconocidas sus manifestaciones culturales. A su vez, la educación bajo esta visión científicista, desplazó a las humanidades de la enseñanza, colocándolas en un plano secundario. Alfonso Reyes señalaba que por la "Ayuna de humanidades, la juventud perdía el sabor de las tradiciones y sin quererlo se iba descastando. La limitación europea parecía más elegante que la investigación de las realidades más cercanas."² Lo europeo atraía y dis-

traía más la atención de una minoría ilustrada. El constante espíritu por imitar y la falta de crítica y discernimiento por lo que podía ser asimilado del exterior, repercutió para que un grupo crítico del positivismo porfirista expresara su descontento por estas carencias, las cuales no permitían conformar una independencia política y cultural.

Por las características adquiridas del positivismo en beneficio del régimen dictatorial, el ambiente político y cultural que dominó durante el porfirismo inmovilizó e impidió, durante varias décadas, el rescate del espíritu de dignificación de lo propio.

El pensamiento propiamente mexicano, el que permite dignificar lo propio de México y los mexicanos, fue, en gran medida, mantenido y valorado por Justo Sierra durante este periodo. Por su postura crítica, el espíritu de dignificación de lo propio fue madurando ideas que hicieron posible lograr la ruptura con la rareza de "campana neumática" que se vivía en el Porfiriato.

La ruptura, mediante la crítica, apareció primero en las conciencias. Ciertos actores sociales como Justo Sierra y el grupo del Ateneo de la Juventud hacen la crítica a lo establecido y llevan su acción hacia una ruptura con el antiguo régimen. Este grupo de intelectuales avisó el rompimiento. Su atrevimiento crítico al sistema tuvo como función reimpulsar lo que para ellos se había mantenido inerte; y, frente a una inmovilidad en todos los ámbitos, se gestó el espacio que permitió poner las armas en la sociedad, esto es, las ideas en las conciencias de aquellos individuos que se encontraban fuera de la esfera del poder. Por la distancia que existía entre quienes gobernaban y la sociedad, durante el Porfiriato, amplias capas de ésta reclamaron un espacio de dignificación individual y social para un desarrollo que les era negado. Este espacio se construyó en las ideas dando, así, un espíritu de ruptura que precedió a la Revolución de 1910.

Este cambio en las ideas, al que denominamos como espíritu de dignificación en la conciencia, se tornó, en la primera década del siglo XX, en la necesidad de promover, mediante la crítica, una redignificación de los individuos y de la sociedad, ante un orden establecido, ante un proyecto nacional, ante la resignificación de un nacionalismo, ante la posibilidad de dar una identidad propia a la cultura nacional mexicana. Por ello, la concepción de identidad que promueve un grupo de intelectuales en la Revolución Mexicana se funda en la idea de la dignidad.

El Ateneo de la Juventud, constituido por filósofos, ensayistas, artistas, humanistas y profesionales, entre ellos Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Julio Torri, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán, Jesús Acevedo y Diego Rivera, emprendió la crítica y el derrumbe con el pasado inmediato. La ruptura generada por ellos incidió en el ámbito político. Sin embargo, la emprendieron desde la instancia de la cultura. Esta incidencia la lograron mediante conferencias que organizaron, desde 1906, en las cuales atacaron al positivismo porfirista desde el campo filosófico, no el político; con ello propiciaron crear las condiciones para ser los redignificadores pragmáticos de la dignidad y de una identidad nacional, al pensarse a sí mismos y no por medio de

¹ Alfonso Reyes. "Pasado inmediato", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Prólogo, notas y recopilación: Juan Hernández Luna, UNAM, México, p. 199.

² *Ibidem*, p. 196.

imitaciones. Las ideas críticas, las ideas de ruptura y a la vez de dignificación, tuvieron una estrecha relación con la valoración de las potencialidades de la sociedad para inventar soluciones a sus propios problemas.

Aparecen en el grupo del Ateneo aspiraciones humanistas. Mediante sus series de conferencias y sus círculos de lectura se abren a nuevas perspectivas de conocimiento de la realidad más allá del positivismo. Autores como Bergson, Boutroux, Kant, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Schiller, entre otros, así como el retorno a los clásicos griegos posibilitaron rescatar y fundamentar mejor la cuestión de la tutela de la dignidad del individuo. El humanismo clásico les permitió concebir al hombre como el sujeto que vive en busca de su evolución gracias a la libertad y la creación así como la constante inquietud por el progreso; a decir de Henríquez Ureña, el hombre puede ser individualmente mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive. Asimismo, los ateneístas, al considerar la posibilidad de perfeccionamiento de los hombres (principalmente expresado en la obra de Vasconcelos, Caso, Reyes y Henríquez Ureña) mediante la idea de la "evolución creadora", es decir, de la transformación,

podían inventar y pensarse a sí mismos de manera libre y creativa. De la noción de progreso se desprende la cuestión de que es el pueblo quien hace la discusión, la crítica, con la cual los individuos juzgan, confrontan, tienen una actitud de búsqueda motivada por la creencia de que el hombre está en constante perfeccionamiento. Esta concepción es volver la vista al hombre en tanto creador y, mediante la actitud crítica, las ideas y las doctrinas se someterían a discusión.

Con estas ideas, delineadas a grandes rasgos, los ateneístas pudieron establecer una cultura crítica, elemento fundamental para poner a discusión el sistema filosófico dominante, y fundamentalmente declarar una *independencia cultural*. Los elementos para definir una identidad individual y nacional nacían del espíritu crítico ante las doctrinas filosóficas, ya que eran consideradas como modos de vida.

El aporte sustantivo de los ateneístas en torno a la concepción de dignificación de lo propio, de México y de los mexicanos, durante el periodo que precedió y durante la Revolución Mexicana, fue tratar de definir el sentir de una cultura naciente conforme a su propio desarrollo; la condición para ello fue liberar el pensamiento, no negando lo extraño pero



Zapata con seguidores y periodistas. Archivo Salvat

sí construyendo lo propio. Los jóvenes de esta generación tuvieron un espíritu de apertura a una nueva etapa, de cambios y de dignificación de potencialidades creativas en los hombres frente a actitudes anquilosadas y tradicionales: "México se ha decidido a adoptar la actitud de discusión —nos dice Henríquez Ureña— de crítica, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros; espera a la vez encontrar en las creencias de sus hijos las cualidades distintas que deben ser la base de una cultura original."³

Justo Sierra, en el discurso inaugural de la Universidad Nacional, en septiembre de 1910, manifestó ideas trascendentes para comprender esta valoración. Para consolidar una independencia cultural así como la "determinación de un carácter" —como él lo expresó—, propuso "adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber", vinculando la cultura mexicana a la universal. Con estas ideas se establece, con gran claridad, que la libertad para crear lo propio es también la libertad para reconocer lo ajeno, sin contraponerse el saber mexicano con el saber universal.

La victoria de una emancipación cultural, de la conciencia de que México es para los mexicanos, de la posibilidad de apropiación de la idea de nación que fue conformándose a través del siglo XIX, de una Independencia y de una búsqueda activa de un espíritu liberal desde la República juarista, se consolida cuando se obtiene la dignificación de lo propio y de los valores universales.

En la Revolución de 1910 los actores pensaron en su tiempo, recuperaron un pasado y gestaron un nuevo espíritu y una nueva pasión que permitió la formación de una identidad nacional.

Contra el régimen de operación dictatorial se levantó el pueblo, pero quienes encauzan con claridad crítica, en el periodo de la Revolución Mexicana, el rescate de la dignidad y un reconocimiento de México y de los mexicanos fueron especialmente los intelectuales del Ateneo de la Juventud, cuya obra trascendió en la cultura de México. Este espíritu de dignificar lo propio, de pensarse a sí mismo con potencialidad creativa, de descubrir el olor, el paisaje, el color, las tradiciones, etcétera, permitió orientar las ideas éticas y estéticas de su tiempo, y significó, también, el reconocimiento de que los hombres y la sociedad contaban con algo muy preciado: su destino de creadores.

En la Revolución Mexicana el espíritu de dignificación restituyó, revaloró como una necesidad histórica y una urgencia nacional, recrear la cultura, modificarla, hacerla nuestra en forma viva; que los actores del momento fueran sujetos actuantes en la conformación de una cultura universal propia.

Buscar la expresión del ser nacional a partir de la dignificación de lo propio permitiría, como lo afirmó Samuel Ramos reunir "lo específico del carácter nacional y la universalidad de sus valores... acendrar nuestra vida propia, sin menoscabo de acercarla al plano de las formas universales."⁴

³ Pedro Henríquez Ureña. *Obra crítica*. México, Fondo de Cultura Económica, p. 611.

⁴ Samuel Ramos. *El perfil del hombre y la cultura en México*. Buenos Aires-México, Espasa-Calpe, 1951, p. 98.

Este encuentro de lo nacional y lo universal al que Ramos se refiere se inició con los intelectuales y artistas del Ateneo, y lo continuaron los miembros de la generación de 1915, así como los artistas que pertenecieron al movimiento muralista mexicano; el cambio gestado permitió renovar y extender la cultura, resignificarla en el plano nacional, captar los elementos más propios de ella y emprender así una obra de trascendencia universal. Una identidad de carácter nacional con la universalidad de sus valores.

Los signos de revitalización de búsqueda de una identidad nacional que se promueve por la idea de la dignidad comenzaron a manifestarlos los intelectuales que no se cerraron al dogmatismo del positivismo porfirista e intentaron recobrar los elementos para conformar una personalidad y un pensamiento propiamente mexicanos. La idea de pensarse a sí mismos como país y dar respuesta a los problemas nacionales tomando en cuenta las propias circunstancias, preparó el terreno para la irrupción de una emancipación no sólo política ante un régimen dictatorial sino una emancipación social y una independencia cultural.

La posibilidad de construir un destino propio, de hacer la historia a partir de nosotros mismos, se dio en el momento de fortalecer un espíritu de renovación. La apertura a nuevas ideas, y la actitud crítica posibilitaron dignificar las potencialidades de un querer ser nacional.

A partir de la idea de investigar nuestra realidad mexicana, inventar soluciones a nuestros propios problemas y mexicanizar el saber sin desvincularnos de los valores de la cultura universal, se revitalizó la búsqueda de una identidad de México y de los mexicanos.

La generación precursora intelectualmente de la Revolución Mexicana es la que crea las condiciones del resurgimiento no sólo de una pasión ética, de un querer ser nacional, al proclamar y reclamar una forma de vida distinta, sino también al integrar, en la búsqueda por la definición de una identidad nacional mexicana, la defensa de una estética distinta con carácter nacional.

Las ideas filosóficas, los modos de vida, los estilos artísticos de otras partes del mundo fueron considerados, en el periodo revolucionario, como instrumentos para configurar nuestra realidad. Dar cabida a la libertad de expresión de ideas y de instrumentar las acciones con un espíritu de apertura, redignificó la posibilidad de conformar una identidad propia, recuperar lo nuestro sin imitación.

Los intelectuales y artistas que promueven esta identidad como nación, a partir de la idea de dignidad, cumplen con una necesidad histórica al tener una posición y una necesidad de posesión de la cultura para recrearla, modificarla, hacerla nuestra de manera viva.

A partir de la Revolución Mexicana cambia la perspectiva y la forma de relacionarse de los sujetos con su obra ya que se redignifica la capacidad de explorar, como sujetos actuantes, la historia, las tradiciones, las costumbres, los colores, las formas, las ideas, las imágenes y los mitos.

Este periodo de atrevimiento por explorar las potencialidades de México y de los mexicanos permitió la conformación de una identidad genuinamente mexicana. ♦